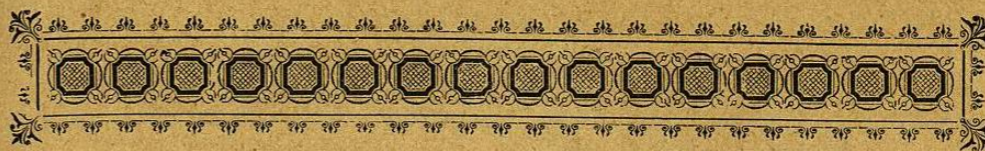


ó á ver otra vez el alma
de tu marchita existencia;
mas como ese Tribunal
jamás su víctima suelta,
colige de ambos á dos
cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues sólo el Torrigiano,
en su desventura fiera,

aguardó para morir
á poder delante de ella,
y Tisbe amor tan inmenso
para el Torrigiano encierra,
que ser no sabe sin él
ni alentar donde él no alienta,
aquellas dos nobles almas,
la una de la otra existencia,
al cielo á la par volaron,
y si hay Dios, ¡dichosas ellas!



LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE COMIENZA
LA NARRACIÓN DE LA PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna
que en arroyuelo límpido riela;
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada ó vuela,
y alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,
de noble estirpe y á reinar nacida,
ajena á devaneos mujeriles,
velada por su bien, siempre servida.
flor era pronta á dar tallos gentiles
á los besos del céfiro mecida,
y á exhalar de su cáliz, aun cerrado,
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, mas inocente,
dos ojos revolvió antojadizos;
en su blanca mejilla transparente,
centros ambos á dos de sus hechizos,

marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
única prenda de su muerta esposa,
tiene Wifredo su cariño entero
puesto no más en su María hermosa;
y único amor el noble caballero
del alma de la niña candorosa,
en una el alma de los dos se encierra,
y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
con los laureles mil de mil campañas;
su ciudad populosa, defendida
por su tendido mar y sus montañas;
la mitad de los años de su vida;
la memoria y la prez de sus hazañas,
todo lo diera el caballero noble
por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
riquísimo joyel de su cariño,
manantial de su interna bienandanza,
vuelve á su pecho el corazón de niño;
se le roba á la guerra y la venganza,
se le torna más puro que el armiño,
se le lava de impulsos terrenales,
se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
gracias humildes al Señor, y cuenta
por eso día á día el caballero,
y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
á su vejez el tiempo representa,
de su edad concediéndole al otoño
tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
el padre tierno concebir no sabe,
á otro mortal alguno concedida
más sagrada misión, cargo más grave;
ella es para él, del cielo bendecida,
de su dichosa eternidad la llave,
y del futuro en perspectiva bella,
todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livia-
las cosas son de la mudable tierra. [nas
¿Quién sondeará las leyes soberanas
que el misterioso porvenir encierra?
Aura que arrastra en pos las hojas vanas,
la torre abate que al peñón se aferra,
y las menudas ondas de los mares
socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío,
que entolda nube negra y tenebrosa,
de su palacio en el jardín umbrío,
la niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
la divierte la mente candorosa,
sonriendo, al gozar su fantasía,
el purísimo labio de María.

La casta mano de marfil, velada
entre su espesa y negra cabellera,
bajo la sien tranquila colocada,
y bajo seda fácil y ligera

su modesta figura contornada,
el pie breve no más dejando fuera,
parece, sobre el césped, su figura
ejemplar de bellísima escultura.

Y ¡cuán bella y feliz es una niña
que con sus dichas infantiles sueña,
y sus caprichos, inocente, apiña,
de universo ideal soñando dueña!
Con infantiles galas se le aliaña,
y en poblarle con fábulas se empeña,
y le goza de fábulas henchido,
hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía
de su sueño infantil con las visiones,
de su palacio, en el jardín, María,
mientras sobre ella en densos nubarrones
el nublado, apiñándose, crecía,
y amagaba, al rasgar sus pabellones,
sobre la tierra desplomar airado
todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre obscuro
ronco el trueno rodar; ya se aspiraba
el aura ingrata del vapor impuro
que en su cargado seno fermentaba.
Y cual dragón enorme, que seguro
ala invisible en el ambiente traba,
avanzaba el nublado á paso lento,
cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
por el jardín buscando su hija amada;
mas de no amedrentarla cuidadoso,
moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
césped la vió durmiendo descuidada,
y ya en su labio paternal bullía
el dulcísimo nombre de María.

Cuando hondo, ronco y repentino true-
el nublado al rasgar crujió estallante, [no
se alzó la niña, el corazón ajeno
de aquel peligro de que está delante;
mas al abrir los ojos fué de lleno
á herírseles relámpago brillante,
y exhalando agudísimo lamento
volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
y alzóla en ellos el varón robusto,
de pena el corazón roto en pedazos,
trémulo el cuerpo al repentino susto;
mas ni al calor de tan amigos lazos,
ni á su voz, que le turba pavor justo,
vuelve la pobre niña dolorida
señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
que se desgaja ya, corre exhalado
con su hija, para él peso ligero;
y con nerviosa fuerza á ella abrazado,
pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
revuelve el caracol mal alumbrado,
y en su cámara y lecho al cabo posa
carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
cuantos siervos tenía en su palacio,
cuantas damas en él su voz oyeron,
cuantos curiosos admitió su espacio;
y empiricos y sabios acudieron,
con cuyo pronto auxilio no rehacio,
Wifredo logró, en lágrimas deshecho,
volver la vida á su virgíneo pecho.

—¡Ay! dijo la doncella, y exhalando,
débil suspiro perceptible apenas,
abrió sus ojos, en redor girando
miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
á las pupilas, de su llanto llenas,
volviolas á apartar la desdichada,
gritando con pavor:—¡No veo nada!

—¡Hija! exclamó poniéndose delante
de sus ojos Wifredo. ¡Hija del alma!
Mira, mira: ¡yo soy! Torna el semblante,
mírame aquí....—Mas con siniestra calma
la doncella hacia él tendió anhelante
la vista, no la descarriada palma;
y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente:—Nada veo.

Volvió iracundo la ensañada mano
el trémulo varón contra sí mismo,
los cabellos mesándose inhumano,
y como ser en quien sopló el abismo

espíritu infernal, matando insano
la luz de la razón y el Cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razón, más sosegado,
el misero volvió, y al mismo cielo
tornó á elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oración al corazón cuitado
prestó resignacion, si no consuelo,
y con doliente voz que al alma llega,
dijo á los que le oían:—¡Está ciega!

—
¡Ay, Dios! Era muy cierto:
la lumbrera centellante
del fúlgido relámpago,
que al despertar la hirió,
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos extendió.

Los sabios más famosos
en vano convocaron;
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz;
los sabios de Judea
al fin desesperaron
de dar á sus pupilas
la apetecida luz.

Hermosa como siempre
la cándida María,
fingiéndose esperanzas
de curación feliz,
al angustiado Conde
prestárselas quería,
y le lograba sólo
hacer más infeliz.

Atento y cariñoso,
con paternal anhelo
el brazo la ofrecía
y la guiaba el pie,
sirviéndola de día,
y al piadoso cielo
orando por la noche
con encendida fe.

—¡Qué día tan hermoso debe hacer hoy! decía la niña, el sol sintiendo sobre su blanca faz; y oyéndola Wifredo, del párpado sentía una abrasada lágrima huírsele fugaz.

Y su silencio acaso María comprendiendo, las manos alargaba, sus ojos á tocar; y en ellas de su padre las lágrimas sintiendo, decía:—Y ¿por qué lloras?— y echábase á llorar.

Erraban á las veces en dulce compañía por una y otra senda de su feraz jardín, y el amoroso padre coronas la tejía de frescas siemprevivas y pálido jazmín.

Gozaba sus aromas la niña, é inocente, cediendo á los impulsos de instinto femenino, ornaba con las flores su candorosa frente, mostrándose con ellas más linda y más gentil.

Y en las tranquilas noches del abrasado estío, á otro viajero acaso volvían á escuchar, ya bajo el verde toldo del emparrado umbrío, ya sobre el alto muro que lame inquieto el mar.

¡Oh, cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!
¡Cuán dulce y cuán sabroso oír en nuestra edad

las mágicas leyendas de su olvidada historia, sus crónicas sacando de añeja obscuridad!

Edad por dos pasiones regida y dominada, guiada por dos astros, la gloria y el amor. La España por aquélla, de moros rescatada; por éste la hermosura, corona del valor.

La edad de los prodigios, la edad de las hazañas, sin duda fué; nosotros, de corazón sin fe, sus crónicas leemos llamándolas patrañas, y en ella es donde el dedo del Criador se ve.

Entonces juntamente sin crimen invocaba su Dios y sus pasiones el rudo corazón, y el cielo justo, á oírle tal vez no se negaba porque mezclara rudo la fe con la pasión.

Entonces era el justo columna de justicia; valiente y obstinado, más franco el criminal; y ajeno aún en su crimen de hipócrita malicia obraba malamente, mas confesaba el mal.

Entonces se creía; la religión severa, objeto del sarcasmo jamás al necio fué, ni la mentida ciencia se la atrevió altanera, de sus razones santas á demandar por qué.

Pastor el sacerdote, de su rebaño en vela, guiaba é instruía la ciega multitud, y aquélla le escuchaba, siguiendo sin cautela la senda señalada por senda de virtud.

Porque de Dios la recta virtud apetecida, no está en el raciocinio, que está en el corazón; y el que en el suyo guarda su fe bien defendida, le sobran los sentidos, le sobra la razón.

Por eso, en la alta noche, cuando en silencio y calma del buen Wifredo todo yacía en derredor, enviaba al firmamento las cuitas de su alma, en oración humilde, con sincero fervor.

Y oraba por su hija, mientras cercana ella, en cámara vecina, oraba al par por él, y entrambas las plegarias, del noble y la doncella, subían á las plantas del Santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro de perfume oriental se exhala y sube pura, ligera y transparente nube, que embalsama la regia catedral, así á los cielos la oración del justo sobre sus alas místicas se eleva, y el soplo de los ángeles la lleva de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina Madre del Dios hombre, al acoger benigna la plegaria de la inocente virgen solitaria, que invocaba su amparo en la aflicción,

al ángel vaporoso de los sueños la enviaba, y en sus alas vaporosas bello tropel de imágenes dichosas descendía á su casto corazón.

CAPÍTULO II

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACIÓN Á MONTSERRAT, Y LO QUE ALLÍ PASÓ.

I

Y yendo días, y viniendo días, tras dos años de angustias y de afán y de buscar inútiles remedios, que no pudieron remediar su mal, en una noche del templado Mayo, por la ribera del tranquilo mar, á la pálida luz de la alta luna el Conde y su hija silenciosos van. Las ondas transparentes, murmurando se vienen á sus plantas á estrellar, rodando lentamente unas sobre otras con eterna y monótona igualdad. A lo lejos tal vez se divisaba la blanca lona del bajel pasar, y la canción del pescador se oía, llevada por la brisa desigual. A veces se elevaba en la llanura el ronco y melancólico graznar de las marinas aves, que en la playa buscan mansión, sustento y libertad. ¡Noche serena, deleitosa noche á quien la puede sin dolor gozar; melancólica noche para el triste en cuyo pecho la aflicción está! Tristes ideas en su mente excita su nocturno silencio y soledad, y aun el consuelo que le inspira, junto con la hiel del recuerdo se le da. Y así una noche del templado Mayo, por la ribera del tranquilo mar, á la pálida luz de la alta luna Wifredo y su hija silenciosos van. Y acaso desde lejos percibiendo la forma de la virgen blanquear, y las armas lucir del caballero que la presta su apoyo paternal,

creyeran que el espíritu doliente de naufrago infeliz que expele el mar, en los brazos del ángel de las aguas encontraba el amparo celestial. Y acaso al ver en la nocturna niebla, rodeando la lóbrega ciudad, creyeran que velándola vagaba el espíritu de ella tutelar. Y así sumidos en memorias tristes la hermosa ciega y el varón feudal, iban vagando con pisada incierta por la ribera del tendido mar, cuando á la tibia luz creyó el guerrero negra figura distinguir quizá, que á lento paso hacia los dos viniéndose, con cada paso se aclaraba más. Rápido impulso de temor muy vago sintió en su pecho varonil brotar, é incomprensible repugnancia interna al ser que llega junto de ellos ya. Era un anciano, cuya blanca barba, cuyo cuerpo inclinado por la edad, movía á reverencia más que á miedo, ministro acaso del divino altar. Báculo toseco á caminar le ayuda, ciñe sus miembros áspero sayal, y al suelo vueltos los humildes ojos, muestra severa y penitente faz. —Padre, ¿quién llega? preguntó María sintiendo de aquel ser la vecindad, cual si pavor le diera el que llegaba no más que por instinto natural. —Es un anciano, contestó Wifredo. —No sé por qué, desconocido afán al sentirle probé, padre.

—Hija mía, cálmate y calla, porque ante él estás.

—Dios vele sobre ti, noble Wifredo, dijo llegando, con humilde voz el viejo anacoreta.

—Él os ampare, el Conde cortésmente replicó. Y trabando de aquí plática entrambos, siguieron luego ya su vez los dos, y de este modo con sonrisa dulce el anciano extranjero la empezó: —¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?

WIFREDO

El aura por gozar de la estación.

EL ANCIANO

El aura de la mar es insalubre para su mal.

WIFREDO

¿Sabéisle?

EL ANCIANO

Y ¿cómo no?

La fama de esa inmensa desventura, la España entera recorrió veloz.

WIFREDO

¡Ay de mí, y cuán en balde! En toda ella, remedio nadie á mi pesar halló.

EL ANCIANO

Las hierbas de la tierra y sus virtudes, secas, Wifredo, é impotentes son cuando en el mismo mal, compadecido, su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO

Noches y días con fervor le ruego.

EL ANCIANO

Busca quien goce su feliz favor.

WIFREDO

Vos, anciano, tal vez....

EL ANCIANO

Tente, insensato; para tanto intentar, ¿qué puedo yo, pecador miserable? Hay en la tierra otros más justos, que lo harán mejor.

WIFREDO

¡Ah! ¡Por Dios, explicaos!

EL ANCIANO

Los peñascos de Monserrate, en su áspero fragor, la luz esconden que sus rayos toma en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO

¿En Monserrate?

EL ANCIANO

Sí; Dios manifiesta el poder de una santa intercesión con divinos portentos cada día. Lleva, pues, á la hija de tu amor, si la quieres sanar, á Monserrate; y en la grieta más honda de un peñón que en las nubes esconde su alta cresta, el justo habita, y con el justo Dios.— Y así diciendo, el misterioso anciano sus pasos adelante enderezó, de la esperanza el bálsamo vertiendo de María en el limpio corazón. —¿Dó vais? dijo atajándole Wifredo; en mi palacio reposad, señor, y admitid á lo menos hospedaje por esta noche.

—Es lejos donde voy; las horas de la noche son muy breves, y todas me hacen falta, replicó, siguiendo su camino, el extranjero. Todavía insistiendo el buen varón, —Mis gentes, mis caballos, todo es vues- le dijo; y el anciano, en ronca voz, tro, —Basta, repuso; límites no tiene, Wifredo, para mí la creación; y la raza del hombre toda entera, no podrá nunca lo que puedo yo.— Y así diciendo, como arista leve que arrebatara del suelo el aquilón, una sonora ráfaga pasando, al monje entre sus ondas arrastró.

Tembló María al percibir su rastro, arrodillóse atónito el varón, y de ir á Monserrate voto hicieron, á vista del prodigio, ambos á dos.

Cual marinero errante, que perdido su soberbio bajel contra las olas, lucha á los restos del bajel asido, cercana viendo la ribera ya; cual golondrina errante, que los mares cruza extraviada, y la cansada pluma agita, conociendo los lugares donde anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío sedienta vaga por el bosque espeso, y el agua oyendo del cercano río, hacia él se lanza cuando el agua ve, así impaciente la infeliz María, en alas del deseo y la esperanza, llegar á Monserrate apetecía con inspirada y religiosa fe.

Wifredo, al par, con la esperanza misma, el sol de la partida apresuraba, y con la misma fe ver esperaba la omnipotencia santa del Señor. Inmensa suma de regalos y oro y comitiva inmensa prevenía, y un santuario fundar se proponía y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias, monasterio suntuoso se levante, memoria eterna que el prodigio cante, señal eterna del favor de Dios. Bajo sus anchas bóvedas, eternos himnos de gracias al Señor resuenen, y sus campanas el desierto atruenen, el alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso Conde, de su fe en el fervor, con tamaños intentos emprendiendo su peregrinación.

Del fresco Mayo en la postrer mañana al despuntar el sol, con su hija y comitiva numerosa de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba su inmensa población, todos rogando por la hermosa niña á la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron al áspero fragor, y en la distancia del camino largo la comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres, como leve vapor, el polvo espeso que sus pies alzaban; pero también al fin se disipó.